

# TRES TEATROS PARA LA TIERRA

Propuestas para escenificar en la escuela

*Koldo Aldai*

**Foto de la portada:** El grupo de danza-teatro Gwynfyd de Pamplona escenificando la obra “Ami, el pequeño extraterrestre”

*Al movimiento Scout, a su fundador, a sus responsables,  
a cuantos nos empujaron más allá del asfalto,  
nos ayudaron a reunir ramas secas,  
nos acercaron a un fuego.  
A cuantos sobre el crepitar de las llamas,  
elevaban a la Tierra un canto de Madre,  
y cuando la noche callaba,  
nos invitaban a agradecer a Dios tanta dicha, tanto gozo.*

# Indice

Introducción.....	Pag. 7
Zubijaun, el guardián del bosque.....	Pag. 13
La Tierra hace...;jaaachis!.....	Pag. 26
Romualdo y la pastora.....	Pag. 40

## A modo de introducción

Asía el volante con fuerza inusitada. Intentaba mantener mi autoridad sobre el vehículo en el asfalto húmedo y relamido por un viento iracundo. La máquina sufría en mi empeño testarudo de completar el trayecto. Descontrolada por los continuos embates de un aire arrebatado, persuadía a mis órdenes, en ese duelo desigual frente a la naturaleza y sus iras. La voz entrecortada de la radio me relataba por el camino las fechorías de ese viento inmisericorde. Sólo la nostalgia de un hogar caliente y acogedor, pudo mantener mi pie en el acelerador y tragar poco a poco todos esos kilómetros infernales.

A la entrada de Estella, sortée las barricada de árboles que habían perdido su pulso con el escurridizo gigante huracanado. Un hogar sin electricidad me confirmó que alguna torreta había sucumbido en similar embestida. El vendabal que me había asediado sobre el asfalto me privaba en mi propia casa del confort habitual. Mientras sentía contra las ventanas y muro los lenguetazos aún desafiantes del viento, me dispuse en el sofá a encarar la situación con paciencia. Ante el silencio de una televisión a la fuerza enmudecida, a la luz íntima de una vela, sólo me quedaba meditar sobre la razón, el origen de esa cólera invisible. ¿De dónde venía ese viento? ¿Qué furia lo sacaba a pasear por los campos y carreteras?

Dicen que nunca los vientos corrieron tan raudos, al igual que los tejados nos soportaron tanta nieve, que el suelo resquebrajado no mostraba de sed tanta entraña, que el agua medía más su caída... Pensé en los volcanes que despiertan más allá de nuestras fronteras, en los terremotos que agitan ciudades enteras, en los huracanes que se tragan islas, en los mares que devoran costas... Recalé en todas esas estadísticas que coinciden en la excepcionalidad de los fenómenos climáticos y geológicos de nuestros días, en esas voces que aluden por doquier al enfado de la Tierra, de esa madre exhausta, cansada de abrigar hijos ingratos.

El silencio inhabitual en la habitación, el recogimiento de la tímida llama empujaba mi memoria hacia atrás. Recordé un tiempo en que

los hombres agradecían a la tierra sus frutos, musitaban su permiso ante el árbol que había de calentar su hogar, sus preces ante el animal que se veían obligados a privar de aliento. Vidas que caían con la compensación de alumbrar otras, círculo de agradecimiento, cadena trófica que llaman los científicos, rueda ecológica, o lo que es lo mismo reino mineral vegetal y animal completando un compromiso circular del que nada se sale, ni se desperdicia, aro de vida que un día quedó quebrado. Fue entonces, cuando la Tierra dejó de ser la madre proveedora de todo bien a compartir, para convertirse en fuente de riqueza que podían despilfarrar, a menudo, tan sólo unos pocos. Con el derroche de sus recursos el hombre profanó la tierra, el usufructo comedido se transformó en desenfrenada extracción y acaparamiento para vanos deseos. La explotación descontrolada de nuestros bienes naturales, y más tarde la transformación mediante procesos contaminantes de los mismos, hipotecó el disfrute pleno de la naturaleza a futuras generaciones.

Fuimos depredando lo existente, sin tiempo a la renovación, sin pausa para la creación. Olvidamos las tradiciones de nuestros ancestros que mantuvieron intacta esa solidaridad latente entre todo lo creado. Desoímos por ejemplo, la enseñanza contenida en esa leyenda amerindia en la que la Mujer Cría de Búfalo Blanco pedía a su tribu exalando el humo del tabaco sagrado, que sus pensamientos fueran de amor y gratitud hacia la madre, la tierra: "Dad gracias por las hierbas que cubren su pecho con las praderas de ondulante grano, dad gracias por el dosel de cielo azul que ella sostiene para vosotros, ofreciéndooos un mundo en el que vivir. Dad gracias por las nubes que traen la lluvia a las praderas y que llenan las charlas, ríos y manantiales. Dad gracias..." ("La vuelta de las tribus pájaro". Ken Karey. Editorial Sirio)

Pero olvidamos dar las gracias y así arrastramos un déficit de tributo. El acervo de pedir y reivindicar a toda hora nos priva del gozo de agradecer. La Tierra nos da belleza para alimentar nuestro espíritu, sabiduría para ensanchar nuestra mente, comida y refugio para el cuerpo. ¿Sin embargo, cuando se detiene el hombre moderno para reconocer a la tierra tanto don, tanto gozo? El ruido de las maquinas impidió desgranar el agradecimiento necesario, el ajeteo de una vida desbocada eliminó ese instante imprescindible en que nuestros

ojos despistados fijan en la tierra un poco de cariño...

Así, cansada de respirar un aire saturado de química y metales, de ver desfilan por sus venas un agua oscurecida; privada de su manto verde, de muchas aves que le arrullaran, de hombres y mujeres que la honrraran... no es de extrañar que un día la Tierra se rebelara, que cuanto menos estornudara, se agitara..., sutil protesta de una madre agotada. Dicen que al límite de su paciencia nos quiso llamar la atención, que mandó aviso con fríos y calores a destiempo, con tormentas desbocadas, con terremotos destemplados... Dicen que animó a correr aires apresurados, esos mismos vientos que nos sacan del carril de la carretera, que se infiltra en nuestras propias casas, para recordarnos en medio del "confort hogareño" que algo falla en la civilización que a su costa hemos levantado.

La naturaleza es sagrada, todo lo que extraigamos merece un alto destino, su uso es digno de respeto, pero Dios nos puso en ella para disfrutarla, para crecer y desarrollarnos en su seno.

Científicos comprometidos, mandatarios consecuentes, empresarios responsables y sobre todo, el movimiento ecologista y ciudadano... de las más diferentes latitudes apuestan por reorientar de forma definitiva, nuestra relación con la naturaleza, con el desarrollo.

La escuela no puede quedar al margen de este compromiso en favor de nuestra Madre Tierra. Una civilización despistada se reorienta en primer lugar desde el aula. La tarea es por lo tanto ingente. El futuro depende en buena media de ese reconocimiento, de ese respeto a la Madre Tierra que padres y educadores seamos capaces de transmitir a los más pequeños. Si los hombres y mujeres del futuro son hoy educados en esa nueva relación con cuanto les rodea, de seguro construiremos mañana un paisaje diferente. No sólo un nuevo paisaje físico más bello y armonioso, también un bello paisaje humano. Amar la Tierra es también amar a nuestros semejantes.

No conviene que los niños de hoy olviden algo tan sencillo como es el ejercicio de agradecer, el gozo de reconocer tantos dones, tanta abundancia que diariamente nos sirve la Tierra. En este empeño no podemos escatimar medios, ni recursos. He aquí una pequeña ayuda. Queremos recuperar el poder del teatro como medio de comunicación milenario, como instrumento en la trasmisión de los grandes valores. El amor no se enseña, sin embargo si se alienta.

“Tres teatros para la Tierra”, es una pequeña contribución en el alien-to ese amor entre los más pequeños.

Las nuevas tecnologías de la comunicación nos presentan una oportunidad para la expansión al gran público del mensaje en favor de la Tierra. Toda idea que quiera prosperar en nuestros días tiene una cita en las pantallas, tiene que dejarse digitalizar antes de echar a correr, antes de propagarse por todas las geografías. Pero lo nuevo no quita lo pretérito. La Tierra bien agradecerá los medios de ayer y de hoy para hacerle llegar nuestros sentimientos más elevados.

De los mayores depende que los pequeños aprendan a apreciar la Tierra. Así ésta dejará de estornudar como le sucede en uno de los teatros, así dejará de enviar sus vientos furibundos, sus lluvias interminables... La Tierra quiere pequeños alegres y conscientes que por nada retornen a su olvido, amnesia que agitó esos y otros vientos... Hasta aquí mis cavilaciones en esa noche en que el aire redobló su aullido. Hasta aquí alcanzó la vela que alumbró este monólogo, ahora compartido.

Entrada la noche vino la luz, huyó la magia a la que me había empujado esa ventolera cargada de interrogantes. Pero el viento infiltrado en el hogar soplaba aún cierta inspiración. Esta flotaba huidiza en la sala recién iluminada. Logré atraparla y llevármela hasta la pantalla. Poco a poco se encarnaba en palabras que protegía ante el temor de un nuevo apagón que las devorara. Sin darme cuenta me ví sumegido en el primero de estos teatros que ahora con placer quiero presentaros.

La Tierra se merece pues nuestro esfuerzo aunado. Con el aire agitado nos susurra que la sostengamos, que nuestro necesario desarrollo no sea para su “fiebre y estornudo” (Vide “La Tierra hace aaachis”). Pero además de una presencia más impecable sobre su suelo, aprendamos también algún día a entregarle algo: un guiño, un canto, una danza, .... o porqué no, un teatro. Vaya con el presente librito tan sólo una propuesta, que vió la luz en esa noche de truenos y ventolera.



# Zubijaun, el guardián del bosque

## PRIMERA ESCENA

*Amplia estancia de una casa de madera. En un rincón de la misma una mujer de edad ya madura está postrada en una cama. Es casi invierno y sin embargo no hay troncos, ni fuego en la chimenea. Con voz quejosa, la madre se dirige a su hijo. Este le escucha no sin gesto de evidente tristeza.*

**Ama:** Pronto llegará el invierno. Y aquí hará un frío que espanta. ¡Ay, hijo mío! Cada día me encuentro más enferma. Deberás hacer un buen acopio de leña, de lo contrario, tu madre no pasará los próximos meses. Es preciso que te adentres en el bosque y derribes un gran árbol que nos asegure el calor y el confort de los crudos días que ya llegan.

**Sebastianxo:** *(Con voz triste)* Yo también veo madre, que cada día estás más enferma. Sin embargo no crees que trayendo bien de ramas podríamos dar calorcito a nuestra cabaña. Ya sabes tú que a mí no me gusta cortar los árboles.

**Amatxo:** Con el poco viento que hemos tenido, apenas encontrarás ramas para calentar un poco la sopa. ¡Animo Sebastianxo! Aunque te duela un poco, lo mejor será que cogas el hacha y derribes pronto alguno de los troncos, si no me temo que aquí se quedará tu madre, muerta de frío.

**Sebastianxo:** Pues si que la hemos hecho buena. ¿Cómo explico yo a mis amigos los árboles que mi madre se muere de frío y que a ver si me dejan empezar con ellos a hachazo limpio? ¡Vaya problema! *(Dirigiéndose al público)* Vosotros en vez de estar ahí tranquilamente mirando, me podíais echar una mano, ¿no? ¡A ver! ¿Se puede saber que haríais vosotros en medio de este problema?

## SEGUNDA ESCENA

*Bosque muy variopinto. Al borde del bosque, un río con un anciano chopo que pareciera defenderle. Sebastiantxo se adentra en la espesura. Después de observar la variedad de árboles que se asoman al camino, se dirige y saluda a un anciano roble.*

**Sebastiantxo:** (*Voz más animosa*) ¡Buenos días amigo roble! Sería Vd. tan amable de darme su madera. Tengo a mi madre bien enferma y se echa ya encima el duro invierno.

**Anciano roble:** Pufff, ni lo intentes con ese hacha Sebastiantxo. Lo que es por mí, poco me importa que me derribes. ¿Pero y los jabatos que se acurrucan todas las noches al pie de mi tronco, y su madre que les protege del fiero otoño, con las hojas que les dejo caer durante el día? No pierdas aquí conmigo el tiempo y ve a buscar algún otro árbol más ocioso y con menos compromisos que yo. Sin ir más lejos, ahí enfrente tienes ese frondoso haya que no hace más que dormir y cantar con toda la orquesta de pajaritos que se le acercan.

*Camina hasta el haya*

**Joven haya :** ¡Buenos días amiguito!

**Sebastiantxo:** ¡Buenos días joven haya! (*Le saluda cogiéndole una de sus ramas*) ¿Sería Vd. tan amable de darme su madera? Piense que mi madre se encuentra muy malita y como no le lleve leña, no aguantará el invierno.

**Joven haya :** Lo que es por mí no habría ningún problema. Al fin y al cabo que mejor destino que calentar a los humanos. ¿Pero, y los pájaros? ¿Qué iba a ser del montón de

pájaros que eligieron mis ramas para hacer sus nidos y de las crías que son aún demasiado jóvenes para hacerse al vuelo...? Vete mejor a buscar algún otro árbol con menos huéspedes y que su derribo no prive a tantos pájaros de hogar.

*Sebastiantxo no se desanima y prosigue su caminata por el bosque hasta que se encuentra con un esbelto pino.*

**Sebatiantxo:** Buenos días señor pino. *(Le saluda a igual que al haya, pero se pincha con sus hojas)* Con mucho pesar siento decirle que he venido a tumbarlo y a llevarlo para mi casa. Mi madre esta enferma y necesita bien de madera para el invierno que se nos echa encima.

**Pino:** ¿Para qué crees que me sacrifico y doy mis piñas, sino para que no hundáis el frío filo de vuestro hierro en mi esbelto tronco?

**Sebastiantxo:** Pero es que por muchas piñas que recoga, justo justo me llega para calentar la sopa. ¿No vés que duran bien poco ?

**Pino:** ¿Pero no te das cuenta que de tirarme abajo, te ibas a manchar todo de resina e ibas a acabar hecho un desastre? Anda, anda no seas tonto y búscate otro árbol que no te traiga tantas complicaciones.

*Cansado de tanta falta de colaboración se va triste y desconsolado a la orilla del río. El anciano chopo ve deslizarse una de sus lágrimas hasta el brioso caudal del río que él protege. El árbol compujido, le susurra al niño desconsolado.*

**Chopo:** Yo no tengo ningún inconveniente en que acabes conmigo, pronto caeré doblado por el peso de mis altas

ramas. Prefiero calentar el hogar de tu madre enferma , que acabar en el estómago de los miles de gusanos que me asaltarán en cuanto toque suelo. ¡Mira una cosa! Si consigues el permiso del “Guardián de este bosque”, puedes hundir tu hacha en el tronco ya resquebrajado de este chopo.

*Sebastiantxo reacciona en mitad de los lloros.*

**Sebastiantxo:** ¿Cómo? ¿El Guardián del bosque? ¿Se puede saber quién es ése? ¡Ah claro! Me estas hablando de Don Ambrosio, el guarda forestal.

**Chopo:** ¡No hombre no! Don Ambrosio se pasa el día encerrado en su torreta de madera, haciendo solitarios. De vez en cuando hecha un vistazo con sus prismáticos de culo de botella, pero apenas se entera de lo que sucede por aquí. Yo te estoy hablando del “Guardián del Bosque”. ¡Si hombre! El que desvía los rayos que apuntan a nuestros troncos y detiene los vendavales. El que dá la cara a las tormentas que se ensañan con nosotros y dice “basta” a las nubes de mucha agua. ¡Si hombre, Zubijaun! El que acaricia nuestros troncos al darnos los buenos días, al que sonrien hasta las piedras de los ríos y gobierna con sabiduría todos los seres que aquí habitamos.

**Sebastiantxo:** *(Casi tartamudeando de asombro)* ¿Y dónde puedo encontrar yo, a ese hombre tan poderoso y fantástico?

**Chopo:** Si no está curando algún arbol, recogiendo plantas medicinales o haciendo guardia ante alguna cría recién nacida... estará en su casa de madera en lo más profundo del bosque, atendiendo las consultas que le traen los devas y gnomos.

**S e b a s t i a n t x o :**

Gracias, amigo chopo, eres un gran árbol. No sé si tendré valor para cortarte después de lo que me has contado.

**Chopo:** Anda déjate de cumplidos y ve a buscar a Zubijaun, que el invierno empieza ya a rugir desde las montañas.

**S e b a s t i a n t x o :**

Adios, adios, hasta pronto... amigo chopo.

*Una vez se ha despedido, se dirige*

*Sebastiantxo hacia el lugar que le ha indicado el anciano chopo.*

### **TERCERA ESCENA**

*Espesura de un bosque maravilloso. En medio del mismo, una alegre y hermosa casa de madera iluminada por un haz de luz que se cuelga entre los árboles. Zubijaun se encuentra dialogando con los devas y gnomos que han acudido a la puerta de su casa cuando aparece Sebastianatxo con la intención de relatarle el problema de su madre enferma . Zubijaun es un anciano de aspecto tierno y alegre, de barba blanca y pelo un poco revuelto. Viste con pie-*

*les curtidas y en su mirada se puede leer la transparencia y sabiduría que le hace merecer el respeto sin excepción de las criaturas del bosque.*

*Colándose entre gnomos y devas Sebastiantxo se dirige hasta donde se haya Zubijaun. Sebastiantxo se encuentra inundado de una sensación de sorpresa ante ese mundo mágico. Superada la timidez inicial, le cuenta su pena al mago del bosque.*

**Sebastiantxo:** *(Con voz entrecortada)* Buenos días Zubijaun. Ya sé que se encuentra atareado, pero es que tengo un problema muy grande y sólo Vd. me puede ayudar a resolverlo. Mi madre se encuentra bien enferma en nuestra cabaña, más allá del bosque. Le he prometido que cortaría un árbol para con su leña calentar nuestro hogar. Así lograré que no se muera en el invierno. Hay un anciano chopo que se ha prestado a que lo derribe, pero antes necesito su permiso.

**Zubijaun:** *(Con aire bonachón y voz potente)* Bien amigito veo que hasta aquí te ha empujado un noble corazón. Sin embargo las buenas intenciones a veces solas no bastan. Necesitan del ingenio y la voluntad para hacer de ellas grandes acciones.

**Sebastiantxo:** ¡ Achis ! Perdone Vd. señor Zubijaun. Al no tener leña en casa yo también me he quedado un poco acatarrado. Pero, explíquese por favor un poco mejor que aún no le he logrado entender muy bien.

**Zubijaun:** Imagínate que yo ahora mismo te doy el permiso para llevarte a ese chopo generoso. ¿Cómo acarrearías con él hasta la cabaña de tu madre?

**Sebastianxo:** ¡Achis! , digo !Aibá! Sí que es verdad, en eso no había caído yo.

**Zubijaun :** Lo que has de hacer, es ir a por unas plantas, que te diré donde crecen. Las cortarás con gran respeto una a una y se las llevarás a tu madre. De paso, te coges tú también una pequeña dosis. ¡ A ver si te curas ese catarrito!

**Sebastianxo:** ¡Anda! Pues si que con las hierbas vamos a adelantar mucho. ¡ Aaachis! Me temo que no sirvan para dar mucho calor.

**Zubijaun:** ¡No, hombre no! No se trata de eso, mi pequeño ignorante. Deberás de echarlas todas a un gran caldero de agua hirviendo para hacer un brebaje que en pocos días le sacará de la cama a tu madre. Una vez que se encuentre bien recuperada podremos entre los tres reunir la fuerza suficiente para acarrear el árbol hasta vuestra cabaña. Si la cosa se pusiera complicada, sé de una buena legión de pequeños amiguitos , que llegado ese caso, nos echarían una manita.

**Sebastianxo:** *(Con voz ya ilusionada)* Esa idea ya me gusta un poco más. ¿Oye, y dónde se encuentran esas plantas maravillosas?

**Zubijaun:** Eso es lo más complicado de todo el asunto. No es cosa sencilla hacerse con ellas. Hace falta valor y astucia para burlarle a Torcuato, el astuto dragón que se encaprichó de esta milagrosa planta. Ya no come niños, ni doncellas, ni caballeros mancos... pero se come todos los días grandes cantidades de esta planta. Así que no deja a nadie acercarse a ellas. Habrás de esperar a que se eche la siesta. Cuando este dormido como un ceporro te acercarás a las plantas.

**Sebastianxo:** Entonces las arranco y me las escondo...

**Zubiajun:** Sí pero no te olvides de pedirles permiso antes de cortarlas. Explícales lo que te sucede. Tratándose de tu madre seguro que te dejarán que te las lleves. Pero hazlo bien bajito, no vaya a ser que Torcuato se despierte.

**Sebastiantxo:** *(Con gran alegría)* Gracias Zubiajun, espero verte pronto, de vuelta ya con todo ese montón de fantásticas hierbas.

*Se despiden y Sebastiantxo sale presuroso de la escena.*

## CUARTA ESCENA

*Sebastiantxo se dirige hasta el lugar que le ha mostrado Zubiajun. Es una montaña a cuyo pie se abren unas cavidades rocosas. Al pie de la montaña se encuentra un prado de hierba entre la que despuntan hermosas flores. Son las plantas milagrosas de las que hablaba Zubijaun.*

*Torcuato es un dragón de gran panza y larga cola. Antes era fiero y se trago buenas dosis de valientes caballeros. El último se lo trapiño con caballo y armadura. Con la indigestión que le entró acabó volviéndose vegetariano. Así que de un tiempo a esta parte, es un poco más pacífico y menos feroz.*

*En estos momentos yace al pie de la cueva. Torcuato duerme y el niño con sigilo se adelanta hasta las hierbas. Tal como le ha indicado el Guardián del Bosque, Sebastiantxo se inclina sobre las plantas y recita:*

**Sebastiantxo:** ¡Madrecita Tierra! ¡Madrecita Tierra!  
¡Préstame tus mágicas hierbitas para sanar a mi otra madre que está bien malita!

*La Madre Tierra asiente silenciosa, y el Padre Sol intensifica su luminosidad sobre el prado de las plantas milagrosas. Con la venia pues del Cielo y la Tierra, las arranca una a una. Muy astuto, algunas las guarda en los bolsillos y otras las mete debajo del sombrero. Sin embargo al salir del territorio de Torcuato, un inesperado "achis" despierta al temible dragón.*

**Torcuato:** *(Con gran jactancia)* Aja, ja, jaaa... ¡Con qué quitándole la comida al señor dragón! ¿Eh? *(Voz severa)* Pues aunque ya me había vuelto vegetariano, hoy me parece que comeremos ensalada con tropiezo de niño, bien cocido.

**Sebastianxto:** *(Con inmenso temor. Voz entrecortada)* Mire Vd. Sr. Torcuato es que... no son para mí. Se trata de mi madre que está bien enferma y como no le lleve estas hierbas va a seguir todo el día aburrida, tumbada en la cama.

**Torcuato:** *(Con gran enfado)* Y a mí que me importa tu madre. ¿No te das cuenta de que me estás robando la comida? ¡Mequetrefe! Como no me devuelvas ahora mismo todas las hierbas, te voy a hacer picadillo.

**Sebastianxto:** Eso está hecho. *(Saca de los bolsillos todas las hierbas que tenía, pero se libra muy bien de quitarse el sombrero)*

**Torcuato:** Bueno por ser la primera vez, quedas perdonado. Pero en la próxima irás directo a la cazuela. Cuida bien de tu madre y no se te ocurra venir por aquí a por medicina.

*Sebastianxto sale de allí corriendo, loco de alegría.*

## QUINTA ESCENA

*Otra vez en la cabaña. De vuelta a su hogar, Sebastiantxo se quita el sombrero y echa al puchero que está en el fuego, todas las hierbas que guardaba escondidas. Le acerca a la madre el mágico brebaje. Esta cocción de hierbas enseguida produce unos efectos milagrosos en la salud de la enferma.*

**Amatxo:** *(Con voz mucho más enérgica)* No sé lo que has metido en esta pócima, pero estate seguro de que me ha devuelto un montón de años. Me siento rejuvenecida por momentos. Me parece que yo también voy a ayudarte a traer ese enorme chopo del que me habías hablado antes.

*Entra Zubiajun con un montón de leña.*

**Zubijaun:** Ya esperaba encontrarme con alguna grata sorpresa en esta casa. Os traigo además un poco de leña para empezar. Me ha dicho el señor chopo que la verdad es que tiene poca gana de ir a parar al suelo y me ha pedido que soplara algún vientecillo para aligerarle un poco de ramas secas. Con las tuyas y las de sus compañeros hemos reunido un buen montón. Así que, aquí tenéis parte de la cosecha. El resto está en el carro que nos aguarda afuera.

**Sebastiantxo:** *(Loco de alegría)* ¡Iupili...! Eres un genio Zubijaun, no sólo has curado a mi madre, si no que además nos vienes con un montón de leña para defendernos del invierno.

**Zubijaun:** Mucho me temo que en los próximos meses os encontraréis con la misma historia, así que os voy a dar la fórmula mágica. De esta forma ya no tendréis problemas

cuando necesitéis un poco de viento y queráis que los árboles os cedan sus ramas secas. (*Dirigiéndose a Sebastiantxo*) Ya sabes mientras que no sea necesario, no hay que tumbar ningún árbol.

(*Dirigiéndose a los niños del público*)

Se me ocurre además que estaría bien que la aprendán también nuestros amiguitos. Hace falta mucha fuerza para que nos escuche el viento. ¡A ver, chavales! Vamos a repetir entre todos el conjuro mágico que nos traerá el viento siempre que lo deseemos. Con vuestra mano izquierda cogéis la nariz del que se encuentra la derecha y repetís todos conmigo en voz alta:

**¡Achirri-machupin, chimbo-queroson, gelo-querodon. Señor de los cuatro vientos, aliado de los fuegos, regente de las nubes, guía de las aves. De tu morada acude y sacude. Parte de tu centro y ruge por aquí dentro!**

*Se desata un fuerte viento en la escena dentro de la casa. Se lleva cuadros y algún que otro enser doméstico*

**Sebastiantxo:** (*Asustado por la ventolera desatada*) Pero aquí dentro no, Zubiajun. ¡Vas a tirar las paredes! Haz por favor tus pruebas fuera, que si no, nos vamos a quedar sin casa.

**Zubijaun:** Tienes razón había olvidado que nos encontramos entre cuatro paredes. No te preocupes que tiene pronta solución. (*Dirigiéndose a los niños*) ¡A ver niños! No soltéis la nariz del compañero y gritad bien fuerte:

**¡Achirri-machupin, chimbo-queroson, gelo-querodon. Señor de los cuatro vientos. Una vez rugido aquí dentro, retorna a tu centro!**

*Al instante cesa el viento.*

**Zubijaun :** *(Dirigiéndose de nuevo a los niños con voz consejera)* Bueno amiguitos. Ejem , ejem... Ya véis, espero que no os ocurran estos pequeños fallos. Utilizad este conjuro siempre que lo necesitéis, pero nunca cuando estéis en vuestras casas, dentro de la escuela... Haced uso de estos poderes mágicos, sólo cuando estéis en el campo , en la playa, o en la cima de un monte. ¡Ah y sobre todo los más flaquitos, no olvidéis meteros algunas piedras en los bolsillos, que si no, cualquier día os vemos por los aires!

Y una vez solucionados todos los problemas y dados ya los consejos oportunos, ha llegado el momento de retornar al bosque. A estas horas más de un gnomo echará ya en falta la ausencia de este loco anciano. *(Agitando la mano en forma de despedida)* Gracias por la ayuda amiguitos. ¡De no ser por vosotros, apenas habríamos levantado una pequeña brisa; ¡Adios pues, mis queridos colegas, hasta la próxima aventura, adios, adios...!



La Tierra  
hace...  
¡aaaachis!

## Primera escena

*Nuestro universo. Los planetas dan vueltas alrededor del sol. Todos giran de forma correcta menos la Tierra que cada cierto tiempo estornuda saliéndose de su órbita. Nuestro planeta se halla enfermo. Una dulce música pone armonía de fondo en el girar de los planetas.*

**Tierra:** !!! Achis, Achis!!!

**Sol:** ¿Pero dime, amiga Tierra, que es lo que te sucede? Creo que habrás de tomar unas pequeñas vacaciones mi pequeño planeta. Así no pues seguir dándome vueltas. Tus continuos “achises”, despistan a todos tus compañeros del universo.

**Tierra:** El ruido me ha enfermado amigo Sol. Mis habitantes no dejan por una u otra razón de organizar alboroto. Tanto jaleo me ha hecho perder la salud. Los seres humanos han olvidado las canciones y los bellos sonidos. Hubo un tiempo en que las madres acunaban a sus hijos con bellas canciones. Aquello me reanimaba el espíritu, y me hacía sentirme siempre fuerte. Mucho me temo que a estas alturas sólo una bella canción de cuna cantada con verdadero amor, podría devolverme la salud perdida.

**Sol:** ¿Y, a qué esperas para hacer saber eso a tus habitantes?

**Tierra:** En sueños he mandado ya muchos mensajes de socorro. Espero que no tarden en recibirlos, de lo contrario creo que no podré seguir dando vueltas y caeré y rodaré fuera del universo.

## Segunda escena

*El escenario es un ciudad grande, ruidosa. El tráfico, el continuo murmullo entre los enormes edificios, apenas nos permiten escuchar la voz de un chaval, Montxo, que juega distraído a la pelota en medio del ajetreo urbano. Tras el alboroto de la ciudad, de vez en cuando se oye el “achis” de la Tierra enferma. En una esquina, un anciano músico de nombre Antxon, eleva las melodías de su flauta ante una ciudad indiferente. Finaliza la música y el chaval se acerca al anciano.*

**Antxon:** Pronto abandonaré esta esquina, esta flauta, pronto abandonaré todo. Mi melodía la comen los ruidos de los coches, y el murmullo de la gente. Mi flauta no hace nada en medio de tanto bullicio, apenas si se oye algo.

**Montxo :** ¿Porqué está tan triste amigo Antxon? Es verdad que hay bien de ruido, pero por eso mismo, más nos gusta su música. Si se va, todos los “coleguis” nos vamos a quedar bien tristes.

**Antxon:** Agradezco vuestra atención amigo Montxo, pero de todas formas tengo que dejar la esquina. Mira te he de contar una cosa. El día pasado tuve un extraño sueño. Era la Tierra que me hablaba. Al oído suavemente me conto un secreto.

**Montxo:** *(Dirigiéndose a público)* ¡Ahivá, muchachos! Esto se pone interesante! *(De nuevo se dirige al anciano)* Dígame Antxon, ¿qué es lo que le dijo la Tierra?

**Antxon:** Decía, que cada día se encontraba más enferma. Me confesó que necesita oír el eco de una bella canción de cuna cantada con gran amor. *(Pausa)* Ya ves, se acabaron los días más o menos tranquilos aquí en la esquina. Ahora es

preciso partir. En algún lugar debe de existir aún, esa hermosa voz, que aumentada con un eco sanará a nuestra madre Tierra. Es preciso encontrarla y buscarle el eco de las montañas para que ella la oiga. *(Con ademán de estraeza)*; Ya ves que cosas le encargan a este anciano músico! *(Con cierta resignación)* Yo que me prometía una jubilación bien relajada.  
**Montxo:** De todos modos vd. no puede dejar la esquina. La ciudad le necesita, aquí donde está, en medio de todo el barullo.

**Antxon:** ¿Pero quién sino dejando todo, partirá a la búsqueda de esa bella voz que aún entone canciones de cuna?

**Montxon:** Mire abuelo, se me esta ocurriendo una idea genial. Vd. se queda aquí bien tranquilito, con su flauta, mientras que yo voy a la búsqueda de esa fantástica voz.

**Antxon:** No, no, eso ni hablar. O vamos los dos, o ninguno.

**Montxo:** ¡Que no abuelo, que no está para estos trotes !  
¡Quédese aquí con su flauta que yo enseguida vuelvo!

### Tercera escena

*Mismo escenario. Tras la despedida, el niño parte en búsqueda de la canción de cuna. Sale al encuentro de un guardia que dirige la circulación. Gran ruido de tráfico*

**Montxo:** ¡Buenos días, señor guardia! ¿Me podría vd. decir si entre ruidos un montón, conoce vd. la de cuna canción, cantada con corazón y que sabe a melocotón?

**Guardia:** Mira chaval déjame ahora de tonterías. No ves que hay mucho tráfico y estoy ocupado. Yo el único ruido que conozco es éste *(Señalando a los coches)* : *(Aumenta en ese*

*momento el ruido del tráfico) pu, pu, pu, ñe, ñe ñe, ñe... ¡Anda simpático!, vete con tu canción a otra parte.*

*El niño sigue caminando y se encuentran con un obrero que en medio de la calzada está trabajando con un martillo neumático. Llevándose las manos a los oídos Montxo le interroga casi gritando:*

**Montxo:** Buenos días señor del martillo. ¿Me podría vd. decir si entre ruidos un montón, conoce usted la de cuna canción, cantada con gran corazón y que sabe a melocotón?

**Obrero:** Pero bueno chaval, no ves que me encuentro ocupado. Además hace ya tiempo que de tanto ruido, me quedé medio sordo. Mejor que busques a otra persona, que te pueda ayudar más que yo.

*Montxo un tanto desalentado retorna a donde el anciano Antxon.*

**Montxo:** En la ciudad no hay nadie que quiera saber de bellas canciones. El ruido les ha vuelto a todos medio tarumbas.

**Antxon:** Me temo que tienes razón. Esto es más complicado de lo que pensábamos... (*Remontando en energía*) Pero no importa, no podemos derrotarnos a la primera. Hemos de buscar esa canción más allá de la ciudad, donde todavía hay paz y tranquilidad. Iremos al campo, a ver si tenemos más suerte que aquí.

**Montxo:** Eso es, nos vamos a pillar el autobús y seguro que en la primera aldea que encontremos, todavía hay hombres y mujeres que cantan canciones de cuna a sus hijos.

*Corren a la parada del autobús. Se montan los dos en él. El conductor es un rockero que tiene puesta a tope "musica de bacalao". Salen con el autobús del escenario.*

### **Cuarta escena**

*Escenario de un hermoso pueblo. Llegan en autobús nuestros amigos. En primer plano, una granja de cerdos, a la derecha un pequeño bosque donde se afana un leñador con motosierra, en segundo plano, el núcleo de casas que constituye el pueblo con su Iglesia y al fondo unas montañas altas y hermosas con unas cumbres nevadas.*

*Se bajan del autobús y se dirigen a donde se encuentra la granjera que está cuidando a sus cerdos.*

**Montxo:** ¡Buenos días señora granjera! ¿Me podría vd. decir, si entre ruidos un montón, conoce usted la de cuna canción, cantada con gran corazón y que sabe a melocotón?

**Granjera:** Sí que antes yo sabía muchas, cuando mis hijos eran pequeños. Pero estos ya crecieron, marcharon a la ciudad y con el tiempo y el ruido de los cerdos, se me han olvidado todas. Id a preguntar al leñador, creo que es el único que en el pueblo aún recuerda alguna canción de cuna.

*Dejan a la granjera y se dirigen al leñador que se afana entre gran estruendo con una motosierra en cortar troncos de árboles. Al acercarse Montxo y Antxon, el leñador apaga la motosierra.*

**Montxo:** ¡Buenos días señor leñador! ¿Es vd. en este pueblo, la única persona que entre ruidos un montón, conoce

la de cuna canción,  
cantada con gran cora-  
zón y que sabe a melo-  
cotón?

**Leñador:** Antes corta-  
ba los troncos y ramas  
con el hacha y el rítmi-  
co golpear de ésta,  
acompañaba las can-  
ciones de cuna que  
cantaba. Todo el bos-  
que se calmaba cuan-  
do yo cantaba. Un día,  
por ahorrar trabajo,  
compré la motosierra y  
su ruido ya no me  
dejaba cantar . Con los  
años olvidé todas las

canciones que antes sabía.

**Antxon:** Osea, que ya no hay nadie que aquí cante cancio-  
nes de cuna.

**Leñador:** Cuando la motosierra calla, el viento me trae de  
las montañas que véis allí arriba, el sonido casi callado,  
pero dulce de una canción de cuna. Pero es mejor conten-  
tarse con ese pequeño susurro. Nadie se adentra por aque-  
llas montañas. Ya sabéis, el temible “Zampaecos”. Es el  
monstruo más temible que jamás hayamos conocido y mira  
que a lo largo de los siglos y de los cuentos, hemos conoci-  
do dragones, fieras, bestias y de todo; pero nadie tan terri-  
ble como éste. Ni se os ocurra adentraros en la montaña,  
nunca bajaríais con vida. Y ahora después de este consejo,

perdonadme que tengo mucho trabajo.

*El leñador arranca de nuevo la motosierra. Nuestros amigos se distancian del ruido.*

**Montxo:** Bueno abuelo, hasta aquí sus aventuras, ahora a descansar mientras que yo voy buscar esa canción de cuna en las montañas.

**Antxon:** No, eso ni hablar, Montxo. Tú y yo nos volvemos ahora mismo en un autobús con un poquito de menos de ruido, a la ciudad, a casita junto a tus padres.

**Montxo:** Pero bueno abuelo, bien pronto que se olvida vd. de nuestra tarea. ¿De qué nos sirve volver con las manos vacías a la ciudad? La Tierra sigue enferma y mucho me temo que de no dar con la canción, pronto se acabe todo.

**Antxon:** Tienes razón Montxo. Los valientes siempre se salen con la suya. Pero haz el favor de andar con mucho cuidado. Si te pilla el “Zampaecos”, no sabremos más de tí y contigo se habrá ido también la última esperanza de sanar a la Tierra. De todos modos, como tu tarea no va a ser fácil, toma esta flauta que de seguro, te ha de sacar de algún apuro.

**Montxo:** ¿Y qué es lo que puedo hacer yo con esta flauta?

**Antxon:** Llegado el momento del peligro, sopla suavemente a través de ella, porque ese sonido mágico apaciará al más terrible rival con él que tropieces.

*Tras un gran abrazo se despiden el abuelo y el niño .*

## Quinta escena

*Paisaje montañoso. Al pie de una alta cima se abren unas cabi-  
dades rocosas. La más grande de ellas es la cueva en la que habi-  
ta el temible "Zampaecos".*

*Montxo es un chaval fuera de serie. Pese a toda la oscura leyen-  
da del monstruo, asciende él sólo por las montañas. Va tranquilo  
e incluso se atreve con alguna canción. Así, andando y andando  
llega a la alta montaña, en cuya falda se encuentran las mencio-  
nadas cuevas. Al pasar junto a éstas, Montxo tropieza con una  
piedra y su quejido es repetido en un eco. Nuestro protagonista  
es un niño de ciudad y no conoce estos efectos. Se entretiene  
jugando un rato con el eco.*

**Montxo:** Iuju, iuju. Lara, liro. ....

**Eco:** Iuju, iuju. Lara, liro. ....

**Montxo:** ¡ Anda la pera! En mi ciudad no pasan estas cosas.  
Iuju, iuju. Lara, liro... En cuanto encuentre a quien canta  
esas hermosas canciones, le voy traer aquí, para que su  
sonido se aumente. Estoy seguro de que su melodía llega-  
rá así a los oídos de la Tierra.

*El ruido del niño despierta al Zampaecos.*

**Zampaecos:** Grrrr, grrrrr, grrrr....

**Montxo:** Mucho me temo que ya he decubierto también  
donde vive nuestro amigo el monstruo.

*El gruñido del Zampaecos no amedrenta a nuestro pequeño  
valiente. Montxo prosigue su ascenso incluso con redoblado  
entusiasmo por el hallazgo del eco. Ahora se guía por el sonido  
de la canción de cuna que cada vez se hace más audible.*

Loa, loa txuntxurunbele  
loa, loa, masusta,

... ..

*No muy lejos de la cueva Montxo encuentra una humilde zagala, de cuya garganta sale la más bella canción que Montxo jamás hubiera escuchado. Inesita, que así se llama la bella zagala, vive sola en aquellas peligrosas montañas y apacigua con su canto al terrible monstruo que habita la cueva. Montxo es de esos chavales capaz de hacerle frente al más difícil de los peligros, pero que después, la compañía de una muchachita que no conoce le saca a la cara todos los colores más rojos que pueda llevar dentro. Así que se acerca a ella y le aborda con gran timidez y sonrojo.*

**Montxo:** Bu, bu , bu, buenos díííías zagala.

**Inesita:** Buenos días valiente amigo. ¿Qué te trae solo por estas peligrosas montañas?

**Montxo :** Tu , tu, tu , tu cacacanción.

**Inesita:** ¿Me quieres decir que para oír una canción te has subido hasta estas montañas en las que gobierna el temible “Zampaecos”?

**Montxo:** Si, si, papapara oír y con tu permiso para llevarme también tu canción.

**Inesita :** ¿Cómo es eso? ¿Me puedes explicar, qué es lo de llevarte mi canción?

**Montxo:** Sí mira, si, si si... no es mucha molestia y no tienes mucho que hacer me gustaría que me acompañaras con tu canción...

**Inesita:** ¡Acompañarte!¿ A dónde?

**Montxo:** A esa cueva que esta ahí , junto al río.

**Inesita:** ¿Pero para qué quieres que vaya contigo hasta la

cueva? No, no eso ni hablar. No es necesario acercarnos hasta la puerta de casa del monstruo, desde aquí ya me oye. ¡Anda!, no me entretengas mucho que si dejo de cantar mucho tiempo, el “Zampaecos”, al no haber eco, saldrá a comerse alguna de mis ovejas para saciar su hambre.

**Montxo:** Mira zagala, te voy a decir la verdad. Se trata de un secreto muy, muy importante. Escucha con atención: la Tierra se halla muy, muy enferma y sólo la bella canción de cuna con la que apaciguas al monstruo, puede ayudar a curarla a ella también.

**Inesita:** La verdad es que no te entiendo mucho. ¿Si mis canciones curan en verdad a la Tierra, porqué no se ha curado ya, que llevo tanto tiempo cantándolas?

**Montxo:** ¡Pero no te das cuenta! Necesita del eco para que te oiga.

**Inesita:** Es verdad, el monstruo hambriento no deja rastro del eco.

*Inesita comienza a cantar la canción de cuna con más fuerza.*

Loa, loa txuntxurunbele  
loa, loa, masusta,

*Falla el intento. No hay eco El monstruo se lo come. Cual sonido lejano se oyen los estornudos de la Tierra enferma .*

**Montxo:** Mira zagala, creo que sólo un enorme eco a la puerta de la cueva del Zampaecos, hará llegar hasta los oídos de la Tierra tu canción.

**Inesita:** Eso es fácil decirlo. Imagínate que nos acercamos hasta la misma entrada, él se comerá con gusto, un eco que

todavía es más grande y sabroso.

**Montxo:** Tú de eso no tienes porque preocuparte zagala. A tí ya te vale con cantar, del resto ya me ocupo yo.

*Los valientes chavales se dirigen a la cueva, que hace las veces de morada del temible “zampaecos”. Se colocan con gran sigilo en la entrada. En el momento en que Inesita comienza a cantar sale corriendo el monstruo y estirando su largo cuello se zampa uno a uno todos los ecos. Recuperado del susto inicial, Montxo le habla con gran firmeza al monstruo tragón:*

**Montxo:** ¡Buenos días Zampaecos! Me llamo Montxo y he venido a decirte que ya basta de comerte tanto eco, ¡tragón! ¿Es qué no te has enterado de que la Tierra necesita de la canción de Inesita para poderse curar?

*El temible monstruo no da crédito a semejante osadía*

**Zampaecos:** Grrrrrrrrrrrr...grrrrrr... Pero quien osa acercarse hasta mi propia casa con palabras tan impertinentes. A mi que me importa la Tierra. Lo que yo quiero es que no me falte que comer. No hay mejor manjar que el eco de las canciones de Inesita. Ja, ja , ja , ja, ... ..

**Montxo:** ¿Pero no ves que tu estás muy gordo , y que pronto no podrás entrar siquiera en la cueva? ¿No te das cuenta de que pronto te morirás de frío porque tendrás que dormir fuera de este agujero? Lo que necesitas es adelgazar. Mira tengo una idea “chachi-chachi”. ¡A ver que te parece!. La zagala y yo vamos a reunir hierba del prado porque de ahora en adelante vas a cambiar de alimento, vas a ser un monstruo herbívoro. ¿Qué te parece?

**Zampaecos:** ¡No, no eso ni hablar! ¿Estás tú loco o qué? Antes morirme de hambre que empezar a comer la hierba de los prados. Y como sigas molestándome, hoy me tragaré mi porción de eco, junto con niño a la plancha.

**Montxo :** Eso primero habrá que verlo...

*Montxo y el Zampaecos se enzarzan en una terrible pelea. A la primera oportunidad Montxo saca la flauta de su macuto y lanza un sonido a través de ella. El monstruo se queda como aletargado, hipnotizado. El sonido de la flauta mágica ha surtido efecto. Montxo no pierde entonces la ocasión. Tirando del monstruo le anima a acercarse al prado. Una vez allí, le invita a comer de la hierba. El Zampaecos comienza a devorar el prado.*

*Sabedores de que el Zampaecos no tardará en retornar de su estado hipnótico, Inesita entona al borde de la cueva, la canción que resuena con particular belleza. Las montañas elevan un eco precioso.*

Loa, loa, txuntxurunbele  
loa, loa, masusta.... ....

*Los niños se agachan y pegan sus oídos a la Tierra. Enseguida constatan que ésta ha dejado de estornudar. Despunta un sol brillante. La canción de Inesita ha sanado a la Tierra.*

**Inesita:** ¡Jupililili...! ¡Lo hemos conseguido, la Tierra ya no estornuda!

**Montxo:** En cuanto le cuente al abuelo Antxon, lo que ha pasado con el monstruo y la flauta, no se lo va a creer. Y tú Inesita, si quieres, ejem, ejemm... puedes bajar conmigo al valle. Sé de uno, que va a tener un despertar poco agradable. El Zampaecos además, ya ha oído demasiado tu

canción. Ahora lo que necesita es alimentarse con un poco de silencio. A mí sin embargo, no me disgustaría escucharte cantar de vez en cuando...

*Los dos niños cogidos de la mano toman el camino que les llevará al pueblo. Detrás de ellos el rebaño de ovejas les acompaña balando de alegría. Inesita entona la canción de cuna.*



# Romualdo y la pastora

## Presentación

*Aparece en e escenario un trovador vestido a la usanza medieval que presenta la historia.*

**Trovador:** Romualdo era uno de aquellos escasos caballeros que vivía con el honor de servir a nobles causas. Defensor de los peregrinos, de los sin techo, de mendigos y enfermos... no había día en que Romualdo no tuviera que vérselas con el bribón de turno. Nuestro caballero no siempre salía indemne de sus diaria afronta y aunque aún era joven, las heridas le pesaban más que los años. Espada roñosa, caballo presto a la jubilación, armadura castigada ... pero por encima de todo, corazón noble y una canción entre sus duros labios. Sí, Romualdo no conocía mujer y llegó a pensar que esos labios se agrietarían sin en el soplo milagroso de la dama de sus sueños. Romualdo sabía que ese maravilloso soplo sería algún día la recompensa a tanta ventura y afronta. No conocía otro premio. Nuestro caballero jamás aceptó regalo, ni prevenda, honores, ni distinciones que de buena fe le hubieran estampado. No por ello fué soez y compartió a la mesa el gozo tras el apuro, que contribuía a bien soslayar.

Romualdo soñaba, y su sueño era su vida y le mantenía la vieja espada en alto, y lo sacaba a los duros caminos de esa vieja España, caminos de bandoleros, y asaltadores, de hidalgos sin escrúpulos, de hidalgos sin sueños.

Y mira aquí que un día la dama llegó. No cual una y otra vez imaginara, no al borde de almenas, no tras regios barrotes, ni entre sedas y abanicos... mira que la mujer apareció y no llegaba de la corte. La doncella se presentó y no

tañeron tambores que la anunciaran. Vestía al uso labriego y su nobleza estaba escrita en la mirada, en esos ojos que harían temblar como nada ni nadie, el pulso firme de Don Romualdo.

Era en mitad del bosque que la encontró desconsolada. En aquella aurora ella lavaba. Al borde del río se afanaba. El agua, los pájaros, las arboleda al son del viento cantaban... pero ella, aquella mañana triste no cantaba, y sus lágrimas competían una tras otra río abajo:

### Primera escena

*Aparece Romualdo montado en su caballo cantando una hermosa canción de caballería. En un llano del bosque junto al río, sorprende a la triste pastora lavando. Desmonta de caballo y se le acerca.*

**Romualdo:** *(Con voz pudorosa)* No tome por favor por indiscreción, si le pregunto cuál es el pesar que de tan temprana mañana y de forma tan desafortunada, aflige a la dama.

**Pastora:** *(Sigue llorando sin mediar palabra)*

**Romualdo:** Si Dios quisiera en mis manos poner su conyoga, y la dama en gusto relatármela, en verdad que no descansaría hasta ver asomar por sus ojos el alba que de seguro el destino le adeuda.

**Pastora:** *(Compungida y entre sollozos)* Es el lobo que nos ha privado de todo. Cada noche se cena una de mis ovejas y a este paso me quedaré sin rebaño.

**Romualdo:** *(Un tanto defraudado pues aguardaba una afronta de máayor altura., y simulando una cierta ira)* ¡Por Dios, que por contrincante hallé bravos caballeros, más nunca hube

de vérmelas con desalmadas fieras!

**Pastora:** Ni se le ocurra acercársele. Lo mismo le da arre que so, oveja que carne humana. Su primer aullido es aviso para encerrarme en casa. Ninguna trampa que le he puesto ha dado resultado. A lo que tiene de fiero, añádale lo de astuto.

**Romualdo:** (*Envalentonado*) Por muy desalmada que sea la fiera estese segura que libraré a su rebaño de su diario estrago. Dígame, ¿por dónde y cuándo se acerca la bestia hambrienta?

*La pastora recoge las ropas a medio lavar y conduce a Romualdo hacia su casa.*

## Segunda escena

*Escenario de una humilde choza con un prado en el que pasta tranquilo el rebaño de la pastora. Balan las ovejas , ignorantes del peligro que de nuevo les traerá la tarde.*

*Al fondo del prado se sitúa un paisaje escarpado. Es una rocosa montaña al pie de la cual se encuentran unas cuevas.*

**Trovador:** De camino hacia la humilde choza, junto a la turbada compañía de la campesina, sintió Romualdo un temblor que nunca hasta entonces le hubo asaltado. En el rostro mojado de la mujercita, atisvó un ténue brillo que le lanzaban sus lágrimas, una suerte de invitación que nuestro caballero ligó con el futuro. Pero su timidez le dejó una vez más atascada la lengua. Más bien apresada quedara, pues pronto se percató de que aún no era tiempo de lisonjas, que a lobo muerto más razonable fuera el galanteo.

*Romualdo y la pastora llegan al prado en el que pastan las ovejas.*

**Romualdo:** *(Sobreponiéndose a la tentación de una voz más tierna)* Siga con sus tareas que a partir de ahora, haré yo guardia junto a las ovejas.

*Romualdo se recuesta en una piedra. Unos balidos de fondo amenizan la escena.*

**Lobo:** Ahu, ahu, ahuuuu....

*Se acerca el temible lobo. Romualdo se pone en guardia.*

**Lobo:** *(Al público)* Parece que esta tarde la caza se presenta un poco más complicada que de costumbre.

Va a ser necesario sudarla.

*Romualdo desenvaina su espada y se pone en guardia. La valentía del caballero aplaca la ferocidad del lobo.*

**Lobo:** *(Con voz irónica)*  
!Buenas tardes caballero!  
Veo que no le agrada que venga yo a cenar esta noche.

**Romualdo:** (*Firme*) Tendrás primero que acabar conmigo antes de hincar el diente a alguna de las ovejas

**Lobo** (*Denotando cierta complicidad*): ¡Oiga!, ¿no cree que ha leído demasiadas novelas de caballería? Aún no nos hemos presentado y ya está levantando la espada. En vez de partirnos el craneo, porque no alimentamos los cuerpos. Le advierto que estas ovejitas están sabrosísimas.

**Romualdo:** (*Con autoridad*) En este caballero no hallarás al complice de tus fechorías, pero tampoco al adversario, siempre y cuando no toques ninguna oveja de la pastora.

**Lobo** : (*Ridiculizándole*) ¡Mire que es torpe! (*Buscando de nuevo complicidad*) ¡Con lo bien que íbamos a cenar Vd. y yo esta noche, si se dejara de pamplinas!

**Romualdo:** Servidor puede compartir contigo muchas cosas. Ahí está el bosque lleno de conejos, liebres y variadas alimañas, pero olvídense ya de las ovejas. No han nacido para acabar en tu tripa.

**Lobo:** ¿Y en la suya si, verdad? ¡Je, je..., caballero de pacotilla!

*El lobo huye corriendo. Romualdo sin caballo no logra atraparlo.*

### Tercera escena

*En el mismo escenario, al día siguiente, aparece el lobo con gesto de aspaviento.*

**Lobo:** (*Con voz apurada*) ¡Noble caballero, noble caballero! Discúlpeme por las tonterías que ayer merced al hambre le soltara. Vengo rápido en su búsqueda que un oso ha entrado en aquella cueva en la que yo guardaba a mis lobeznos.

Si no corre a salvarlos acabará con mis criaturas.

**Romualdo:** (*Irónico*) Bien, bien, osea que el cazador, cazado. (*Serio hablando consigo mismo*) Más me valdría a mi echarte el guante y olvidarme de socorros, pero con el tiempo uno se acostumbra a no desoir auxilios. (*Hacia el lobo, amenazante*) Te ayudaré pero has de prometerme primero que no me engañas, porque de ser así, pagarás caras las consecuencias.

**Lobo:** (*Suplicante*) Por favor caballero, no lo dude y apresúrese que de llegar tarde ya no habrá ningún remedio.

*Romualdo y el lobo se dirigen a la cueva. Entra primero el caballero. Acto seguido el lobo sube a la parte superior de la cueva en donde se halla una gran piedra. Todo era una trampa muy bien preparada. Al rato la cavidad queda taponada con la piedra que desde la montaña deja caer el lobo justo delante de la entrada. Una vez encerrado el caballero, la hambrienta fiera se dirige al rebaño y coge una oveja. Se la lleva fuera del escenario.*

*Cae la noche. Al día siguiente la pastora se percata de la ausencia del caballero Romualdo. Cuenta las ovejas y falta una. Se pone a pasear pensativa apesadumbrada, cuando escucha la voz de Romualdo, pidiéndole auxilio. Presta, acude a la cueva. A duras penas y con la ayuda desde fuera de la pastora, Romualdo logra apartar la piedra de la cueva. El caballero sale decidido a acabar de una vez por todas con el astuto lobo.*

**Pastora:** (*Con abnegación*) Déjelo caballero Romualdo que es un lobo muy taimado y hasta que no se harte, no dejará en paz a mi rebaño.

**Romualdo:** (*Con decisión*) Nunca he claudicado en ninguna de mis empresas y tampoco lo voy a hacer ahora porque un

maldito lobo me haya dejado a oscuras, metido en una cueva. Vayamos de nuevo a donde tu rebaño.

*Salen de la escena*

### Cuarta escena

*En el mismo escenario aparece Romualdo entre el rebaño, camuflado con una piel de oveja. Con el atardecer se acerca el lobo. Se mete en el rebaño buscando la pieza más tierna. Romualdo se levanta la piel y le sorprende al punto de hincarle los dientes a una oveja.*

**Lobo** (*Al público*): Caramba con el apuesto caballero, se empieza ya a poner algo impertinente.

**Romualdo:** (*Jocoso*) ¿Con que sí, eehh? ¿Muy felices te las prometías tú en mi ausencia no?

**Lobo** : (*Como disculpándose*) Ejem, ejem, ejem... era una felicidad a compartir. ¿A quién sino pensaba que le iba a llevar yo la parte más sabrosa de esta ovejita?

**Romualdo:** (*Sentencioso*) Bien, bien, pues ya vas a ver que sabrosa aventura te depara mi espada.

**Lobo:** Por Dios caballero Romualdo, no hay porque sacar de quicio estas cosas de simple gastronomía. Si lo que quieres es tranquilidad para el rebaño de su amada no hay por mi parte ningún problema.

**Romualdo:** (*Airado*) ¿Cómo? ¿Mi amada, serás impertinente? Ahora si que vas a ver tú.

**Lobo:** (*Una vez más tratando de ganarse al caballero*) Calma, calma bien sé, que Vd. y yo podemos ser buenos amigos.

¿Qué le parece si en vez de regar de sangre este hermoso prado, y manchar su limpio acero, yo me exilio a las montañas?

*(El lobo recita en tono nostálgico y melancólico)* ¡Oh, excelsas alturas, patria agreste que nunca debí de haber abandonado! Tus cumbres reclaman los pasos de este lobo descarriado.

**Romualdo:** *(Compadecido)* De acuerdo, de acuerdo, tampoco era cuestión de ponerse así. Ahora bien, no creas que la pastora se ha de conformar con tu partida. *(Con voz firme)* Necesito cuanto menos tu piel para que ella vuelva a descansar tranquila por las noches.

**Lobo:** *(Con voz compungida)* Caballero Romualdo bien sabe Vd. que el invierno es duro en la montaña y este lobo desnudo no atravesaría vivo ni siquiera la primera noche.

**Romualdo:** Lo que es por pieles, aquí tenemos bien de sobra. Libradas ya de mayor susto, cualquiera de las ovejas nos cedería gustosa la piel que te abrigara.

**Lobo:** No como el del caballero, pero un lobo tiene también su pequeño orgullo. ¿Cómo quiere que me presente yo de esa guisa ante mis compañeros? Seré el hazmereir en las montañas.

**Romualdo:** *(Atajando la súplica)* La piel o la vida, mi acero no contempla hoy por hoy otra salida digna de caballero.

*Al lobo resignado no le queda otra opción que aceptar. Romualdo saca la espada y entre grandes aullidos, la fiera cede por fin su piel. El lobo marcha corriendo lleno de vergüenza. Romualdo coge la piel y se acerca a la choza. Entrega la piel a la pastora. Esta le abraza con un cariño que es ya preludio de gran boda.*

*Se cierra el telón.*

## Epílogo

**Trovador:** Y la hermosa piel daba por fin ocasión para la lisonja. Que mucha tampoco hubo falta, porque de soledad saturada estaba también la pastora. Y al mismo tiempo que el galanteo que Romualdo con mucha poesía, pero poca audacia desgranara, marchó el lobo hacia la montaña. De camino, con aquella piel tan blanca, señuelo de sabrosa carnaza, sus congéneres más de un susto le depararon. Duro invierno pasó nuestro lobo que además de soportar frío hubo de aguantar pesada mofa y escarnio.

*Se abre de nuevo el telón. Aparece Romualdo. Lleva una canción de caballería en los labios, en el momento de acercarse a la choza de la pastora.*

**Trovador:** Pero miren Vds. hacia el bosque. Allá donde la hermosa piel de un lobo acabó con la soledad del caballero Romualdo; que de protector de los débiles por los caminos seguiría, que su labor con tesón mantendría, más al cabo de la jornada, presto siempre acudiría a aquel gran castillo que por siempre sería la choza de su amada pastorcilla.



**Impreso en los talleres de Digitalia (Iruñea)  
en Agosto de 1996**